

La lengua gallega: pasado, presente y ¿futuro?..

CLARA TORRES

Cuando, en la plenitud de su florecer poético, la lengua galaico-portuguesa era universalmente reconocida como la más digna de las lenguas romances peninsulares para expresar los más íntimos sentimientos del alma, nada hacía presagiar el triste destino que tendría que afrontar hasta llegar a la situación actual. Proyectando una visión retrospectiva, y recordando las etapas de su historia, vemos que, en efecto, pocas lenguas han tenido un comienzo tan glorioso. Los primeros testimonios escritos de su nacimiento son piezas maestras de un quehacer poético que, desde el trovadorismo provenzal, enraiza el sentir de diferentes nacionalidades peninsulares en un unísono latido lírico de una única voz: el gallego-portugués.

Aunque ya el castellano había adquirido el prestigio como lengua de uso, comunicación y cultura de la mano del rey Sabio, no se le consideraba adecuado, con la suficiente sensibilidad como para expresar el tono más elevado del lenguaje humano: el del arte poético.

Y así, no sólo los poetas autóctonos (Códax, Meogo, Zorro, D. Dionís...), sino todos los de ámbito peninsular e incluso transpirenaico, utilizan el gallego como lengua poética por excelencia.

Al esplendor, como al canto del cisne, siguió la muerte, y aunque no hay que considerarlo en su sentido literal, ya que el gallego sigue vivo hasta hoy en el habla de la mayor parte de los gallegos, es cierto que como lengua de prestigio, cultura y comunicación escrita, desaparece por completo.

Como en tantas ocasiones, las causas de este destino son esencialmente políticas: el poder, el Estado necesita de un instrumento de dominio propio que apague la voz del dominado, su propia lengua, y en Galicia tuvo un efecto que podría calificarse de fulminante, provocando no sólo la marginación de la lengua gallega sino la de los sectores de población que la tienen como vehículo de comunicación.

Mientras la lengua castellana y la portuguesa (que ya se había independizado) se van consolidando y normalizando su uso como lenguas de cultura, de la Administración, de la Iglesia (a lo que contribuye notablemente la fijación normativa de sus respectivas Gramáticas), el gallego, sometido a la Administración, Iglesia, etc., poderes detentados por gentes venidas de Castilla o gallegos que asumen el castellano como instrumento de instalación en esos niveles

•

de poder, queda relegado a su categoría de lengua de segunda (o más bien de tercera...), con su marca de marginación social (coloquismo, ruralización...), cultural (analfabetismo, ignorancia, incultura...), económica (pobreza, indigencia, precariedad...).

Durante todo el Renacimiento, Siglo de Oro, Barroco..., el gallego escrito no tuvo existencia alguna. Fue absolutamente suplantado.

Será a finales del siglo XVIII, dentro de los movimientos ideológicos promovidos por el resurgimiento de los valores nacionalistas y de búsqueda de las propias raíces llegados desde Europa, cuando comienza, tímidamente, el despertar del gallego como lengua, cultura, nación. Los primeros y más importantes pasos los darán dos hombres de la Ilustración española: Feijoo y el Padre Sarmiento. El primero cuando afirma, entre otras cosas, que el gallego no es un dialecto, sino una lengua tan válida como el castellano. El segundo emprendiendo la primera investigación lexicológica sobre el idioma, denunciando la injusta discriminación lingüística y propugnando el uso del gallego en la enseñanza y la Iglesia.

A partir del siglo XIX, la concienciación galeguista de ciertos sectores minoritarios de la población va en aumento, y ya se puede hablar de un posicionamiento ideológico respecto del conflicto lingüístico, así como de un compromiso formal por parte de los que van a hacer posible el «Rexurdimento» gallego. Aunque el impacto que produce la aportación de Rosalía, Pondal o Curros Enríquez son un punto de partida de un nuevo caminar para las Letras Gallegas, todavía está muy lejos el momento de la consideración oficial de la revalorización de la lengua.

Durante todo el siglo XIX, la oficialidad del castellano como lengua única de todo el Estado español es preceptiva, desde la enseñanza a todos los ámbitos de la comunicación escrita. El gallego va quedando más y más restringido con el Real Decreto de principios del siglo XX en el que se prohíbe el uso de hablas minoritarias y que tiene su refuerzo y una referencia explícita al gallego durante la dictadura de Primo de Rivera.

A pesar de todo, y partiendo de la publicación de *Cantares Gallegos* (1863), se va a consolidar un impulso imparable de preocupación por el propio idioma que se materializará en la aparición de las primeras gramáticas y diccionarios, y en un florecimiento venturoso de la Literatura Gallega.

Con todo, el gran impulso revitalizador de la lengua gallega partirá de las «Irmandades da Fala», con connotaciones de reivindicación política, seguida de la orientación más cultural que le proporciona la «Xeración NOS» (Castelao, Otero Predayo, Cuevillas...) y el «Seminario de Estudos Galegos» (Filgueira, Cunqueiro...). Con ellos, el idioma pasa a ser utilizado no sólo en el lenguaje literario, sino científico, periodístico, ensayístico y en actos públicos.

Un nuevo tramo en la revalorización del gallego puede decirse que se inicia a partir de 1950. Se crean las primeras editoriales gallegas de prestigio, entre las que destaca Galaxia y la publicación de su revista *GRIAL*.

En los sesenta, la reivindicación que hacen del idioma los recién nacidos partidos nacionalistas de izquierdas supone un nuevo empuje, aunque, socialmente, va a crear una situación especial al identificarse «uso del gallego = color político determinado»; razón que lleva a muchos gallegos a apartarse de su uso y reivindicación para desmarcarse de una determinada ideología.

Un gran paso adelante lo constituye la creación del «Instituto da Lingua Galega» de la Universidad Compostelana, que inicia el proceso de selección de una lengua estándar recogida en la «Normativa» de 1982 con la fijación de unas reglas de uso de la lengua: *Normas ortográficas e morfolóxicas do idioma galego* (Instituto da Lingua Galega - Real Academia da Lingua Galega, 1982).

Cabría pensar que, con la promulgación de la «Lei de Normalización Lingüística», de 15 de junio de 1983, nada impediría que la lengua gallega pasase a ocupar el lugar de prestigio y de uso normal que le corresponde como «a maior e máis orixinal creación colectiva dos galegos, a verdadeira forza espiritual que lle dá unidade interna á nosa Comunidade» (D.O.G.: 14/7/83). En cambio, la realidad actual dista mucho de ser la que todos los que amamos a nuestra lengua deseáramos. Por un lado, la ley, teóricamente, defiende y apoya el uso del gallego en la enseñanza, en la Administración, en los medios de comunicación social, pero en la práctica observamos que la política utilizada no es la correcta, pues no se avanza en la instalación del idioma como sería de desear.

Como para todo, hay visiones de la situación actual que la enfocan desde diferentes ópticas: quien ve el vaso medio-lleno y quienes lo ven medio-vacío. Existen posicionamientos triunfalistas que ven un gran avance y pronostican un futuro más que esperanzador; por el contrario, y tal vez una visión más ajustada a la realidad, es la que estima que no se está llevando a cabo una normalización real del uso del gallego, ni desde la Administración autonómica, ni desde la concienciación individual del propio gallego.

No cabe duda de que las Letras Gallegas están en un momento que puede calificarse como el tercer renacimiento; la poesía, narrativa, ensayo, crítica literaria, etc., alcanzan en estos momentos una altura y riqueza que en nada tiene que envidiar a la literatura de la lengua castellana contemporánea, y podemos afirmar que su ascenso es imparable y le espera un futuro alentador. No están tan claras, en cambio, las expectativas respecto de la normalización de la lengua. Antes de hacer una previsión de futuro, reflexionando sobre el estado actual del idioma gallego en Galicia, tenemos que considerar la situación a la que los propios gallegos lo hemos llevado.

En primer lugar, y como uno de los graves impedimentos que nos hemos inventado para frenar la aceptación total por parte de toda la Comunidad, está el cisma interno que se estableció entre las dos corrientes más enfrentadas: la que recoge la normativa de la Real Academia, que considera el gallego como una lengua autónoma, que hay que fijar y normativizar según la realidad existente en la lengua viva realmente hablada hoy por los gallegos, frente a la

reintegracionista, también llamada «lusista», que considera que el gallego debe ser reinsertado en el tronco común del que formó parte en sus orígenes; pretende introducir fonemas, morfosintaxis y ortografía propios del actual sistema lingüístico del portugués (refrendaría la tesis del Profesor Rodríguez Lapa quien defiende el carácter dialectal del gallego respecto del portugués).

Por otro lado, existen determinadas actitudes respecto de la aceptación o no del idioma gallego por parte de los propios ciudadanos. Si hasta ahora la clase popular, rural y marinera era la que había mantenido el gallego como lengua única de comunicación familiar y vecinal, está produciéndose un fenómeno de regresión del gallego en beneficio del castellano como resultado de la identificación «lengua = prestigio = mayor bienestar social», en estos sectores, y los padres gallego-parlantes enseñan a sus hijos el castellano como lengua materna. En cambio, en ciertos sectores cultos de la pequeña burguesía ciudadana, se está dando el proceso inverso: se utiliza más el gallego como resultado de la concienciación del papel que cada gallego tiene en la reivindicación de su lengua.

Del mismo modo, el gallego, como lengua de uso normal, está ocupando un lugar importante entre la clase política de uno y otro signo y ya no constituye una marca de izquierdización o nacionalismo radical. Sí lo es, en cambio, la utilización del gallego lusista como marca de cierta clase de nacionalismo.

Si a esta situación provocada por los enfrentamientos se une la actitud bastante generalizada entre una buena parte de gallegos instalados en el conformismo que profesan un autodesprecio de la propia lengua y cultura, o lo que es lo mismo, se manifiestan abiertamente contra el uso del gallego, veremos que el panorama no es demasiado alentador, teniendo en cuenta que todavía tenemos que añadir otros representantes en la galería tipológica de actitudes.

Existe el gallego que utiliza su lengua solamente en el ámbito coloquial, o para «hacer chistes» a su costa, reservando para las cosas serias el idioma de primera.

Más triste es el caso del paisano que desde siempre ha tenido como única lengua el gallego y esto constituye un signo de su inferioridad, pobreza e incultura, por lo que se siente avergonzado de su propia lengua, y prefiere utilizar un mal castellano (cuando el interlocutor pertenece a la clase que él considera superior y, por lo tanto, castellano-parlante) antes que su genuina y rica habla de siempre. Es frecuente presenciar en la televisión gallega, por ejemplo, cómo el entrevistador se dirige al paisano utilizando un gallego aprendido (no «mamado»), que adolece de evidentes defectos de pronunciación e incluso sintaxis, mientras el entrevistado le responde en un defectuoso castellano que más bien mueve a risa.

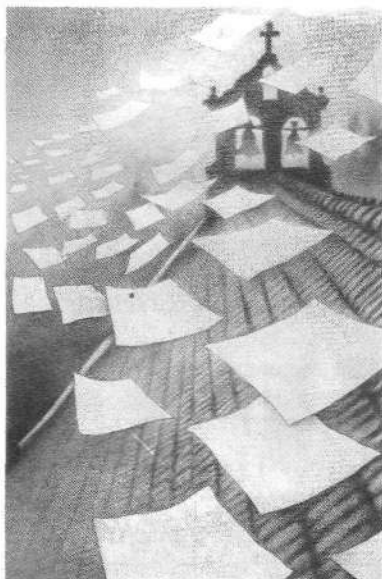
Vistas así las cosas, el futuro de la lengua gallega, no cabe duda, lo escribirán los propios gallegos, los gallegos de ahora mismo que tienen en sus manos el prolongar su existencia, como dijo Alvaro Cunqueiro «mil primaveras máis»,

o contribuir a que desaparezca como lengua viva y deba ser estudiada en el futuro como el griego o latín clásicos, aunque sus «muertes» no son comparables, ya que éstas más que morir se transformaron y dieron origen a otras nuevas lenguas, mientras que la lengua gallega, si muere no será por transformación, sino por suicidio, suplantación o enterramiento en vida.

Hay que resaltar, como algo esperanzador y positivo, la gran sensibilización que existe en amplios sectores de la sociedad gallega, donde se está trabajando en pro de una mayor utilización y dignificación de su lengua; así, por ejemplo, la «MESA POLA NORMALIZACION LINGÜÍSTICA», asociación formada por gentes de todas las corrientes lingüísticas, de pensamiento, ideas políticas, clases sociales, edades y profesiones, con una meta común: el gallego como lengua de Galicia, considerado y valorado en su co-oficialidad con el castellano. No hay cabida, pues, para los enfrentamientos «normativismo»/«lusismo», ni para las capitalizaciones políticas de uno u otro signo. Están contribuyendo a que desaparezcan las divisiones entre los propios gallego-parlantes y, sobre todo, a crear una actitud positiva, de aprecio y afecto hacia la propia lengua. Este año de 1991, en que se dedica el «Día das Letras Galegas» a Cunqueiro, se ha acuñado este lema: «TI UNHA PRIMAVERA, IMOS GARANTIR MIL MAIS».

El futuro se encargará de desvelar si se hace o no realidad este hermoso deseo.

TUI, Primavera, 1991



JUAN RAMÓN ALONSO